



en aquellas circunstancias el gran visir Cosreu, hombre resuelto, perspicaz y sanguinario. Un esclavo llamado Abasa llamó á los persas y les entregó á Bagdad, donde los sunnitas fueron exterminados. Amurates se dirigió á aquella ciudad para recuperarla, y la guerra se prolongó hasta el tiempo de Shah Sefi, que habia sucedido á Abbas; Amurates, dirigiéndose dos veces á Bagdad con trescientos mil hombres, la tomó por la fuerza, degolló á treinta mil que habian entregado las armas, y la conservó cuando se hizo la paz.

Tambien degolló á sus hermanos; permitió vender vino públicamente, pero viendo los excesos que se cometian, lo prohibió nuevamente, así como el café. Murió en 1639, y le sucedió su hermano Ibrain, hombre inepto, disoluto y decrepito en su mejor edad, por el abuso de las mujeres. Gastaba sin tasa en ámbar, pieles y esclavas, se adornaba de piedras preciosas hasta la barba, y entregaba el cuidado de los negocios á su madre, á los visires y á los charlatanes que le prometian devolverle el vigor. Habiendo robado la hija del muftí, éste conspiró contra él, é hizo que le declarasen inepto para reinar, muriendo asesinado.

Dejó nueve hijos, y Mahomet IV, que le sucedió, aún no contaba siete años. Poco interesa á la historia averiguar la sucesion de intrigas de la favorita, ni los consigüientes disturbios, ni que los visires se sublevaron y fueron sometidos, hasta que el albanés Mehemet Kropoli aceptó el gran visirato que se le ofreció, con la condicion de que el monarca resolveria inmediatamente en vista de su dictámen, que le dejaria el nombramiento de todos los empleados y la distribucion de gracias y castigos; en una palabra, que depositaria en él su entera confianza, y que no daria oídos á las denuncias.

Entonces sacó al imperio de aquel débil y cruel gobierno de mujeres, desplegó unos conocimientos y una firmeza capaces de salvar al Estado, y á la vez un orgullo, una deslealtad y una venganza que la política de su nacion no condenaba. Mató á los jefes de la oposicion y á los que podian hacerle sombra, arrojando al mar más de cuatro mil spahís y deportando al Asia á los demas; ahorcó al patriarca, que no le

era bastante adicto, y se dice que en cinco años hizo morir á treinta y seis mil personas.

Abasa bajá, que se rebeló en el Asia Menor, llegó de victoria en victoria hasta Scutari, pidiendo la cabeza del gran visir; y éste le atrajo con tratados falaces y le hizo asesinar, así como á sus partidarios y á todos los que le causaban recelo.

En aquella época consiguió la Puerta muchas victorias; y los ciento veinte mil rusos que fueron muertos, y los cincuenta mil que fueron llevados como esclavos de la devastada Moscovia, y las trescientas cabezas de húngaros enviadas de la Bosnia al serrallo, hacian creer que se renovarían los tiempos del terror; así fué que los príncipes europeos enviaron embajadores con instrucciones pacíficas.

En sus tratados con la Puerta, Venecia se habia reservado siempre el derecho de perseguir á los piratas donde quiera que los encontrase. Ali Piccino, renegado, se hallaba en el Mediterráneo con una escuadra de argelinos y tunecinos, y pasando al Adriático apresó un buque veneciano y despues ancló en la rada de la Valona. Marin Capello, proveedor de la armada, le bloqueó en ella y le hizo prisionero, conduciendo en triunfo á Corfú diez y seis galeras.

Amurates IV pidió satisfaccion de aquel hecho; pero ocupado entonces en Persia, tuvo que contentarse con un arreglo; guardaba sin embargo su rencor, y esperaba ocasion de satisfacerle, y esta ocasion se presentó en breve reinando Ibrain. Gabriel Baudran de Chambers, general de la Orden de Malta, tomó algunas naves que iban á la peregrinacion santa, entre ellas una sultana, y las llevó á un puerto de Candia y de allí á Malta. Esto fué suficiente para que Ibrain declarase la guerra á la Orden; se hicieron á la vela cincuenta mil turcos con direccion á la isla y luego á Candia, que era casi el único resto de las conquistas de Venecia sobre el imperio de Oriente, y que se habia conservado á pesar de veinte rebeliones y de haberse derramado con exceso tesoros y sangre, y apenas arribaron pusieron sitio á la Canea.

La república pidió auxilio á los potentados



cristianos, y España le suministró cinco galeras, Toscana seis, y otras tantas los caballeros de Malta; cinco el papa, que dió autorizacion para exigir 100.000 ducados al clero veneciano; los franceses, ó acaso Mazarino de su bolsillo, enviaron 100.000 escudos, cuatro brulotes y licencia para alistar hombres en Francia, pero todo esto bajo de cuerda, en atencion á la amistad que tenian con la Puerta. Increibles son las ofertas y los sacrificios á que se resignaron los nobles venecianos. Mandaba la escuadra Jerónimo Morosini; pero antes que empezase á operar capituló Canea. Comenzaron de pronto las excisiones entre los capitanes turcos, y Deli Custein sitió á Candia, empresa en que se distinguió altamente la escuadra veneciana.

Mehemet Kropoli, que subió entonces al poder, dió nuevo impulso á la guerra y dedicó su vida á hacer que el sultan rechazase su inercia, á tranquilizar el país deshaciéndose de cuantas personas se creian inquietas é inspiraban sospechas, y construyendo algunas fortificaciones; nunca perdió la confianza de su amo, de modo que lo que nunca habia sucedido, trasmitió el sello á su hijo Kropoli Acmet, que á las cualidades de su padre unia una cultura literaria, de que carecia aquél. Aún no habia terminado la guerra con Venecia, cuando sobrevino la de Austria, de que hemos hecho mencion, por causa de Transilvania. El emperador Leopoldo, viendo que no podia esquivar el peligro, pidió auxilio á todas las naciones, hizo que la dieta se lo prometiese; pero tardaba tanto en llegar, que cayó sobre él Acmet, á quien el mismo sultan habia puesto dos plumas de airon en la frente, y en la mano una cimitarra cubierta de diamantes, además del estandarte de Mahoma. Con doscientos mil turcos, diez mil tártaros y nueve mil valacos pasó el Danubio por Buda, mandando corredores hasta Olmutz y Viena. Europa entera se conmovió; el imperio pidió el subsidio que se habian comprometido á facilitarle las demas naciones, y el papa Alejandro VII, lo mismo que España, Venecia y Génova, le mandaron dinero y municiones, y Luis XIV seis mil hombres al mando de Coligny de la Feuillade; pero la corte de Viena no los perdió de vista, colocándolos de

modo que no pudiesen pasarse al enemigo.

La fuerza de éste ascendia á unos treinta mil hombres, á la orden del prudente Montecucculi, además de los húngaros del impetuoso Zrini. Este evitó que Acmet se apoderara de la Estiria, pero se vió obligado por la impetuosidad francesa á dar la batalla de San Gotardo, cerca de Moggendorf. Acmet, cuando vió adelantarse á los oficiales franceses con la cabeza empolvada, exclamó: «¿Quiénes son estas muchachas?...» Pero las muchachas demostraron en la lucha que eran leones, y el nombre de su capitán fué cambiado por los turcos en el de *faludi*, es decir, de acero. Fué ésta la mayor batalla en campo raso que en trescientos años se dió á los otomanos, los cuales dejaron en él diez y siete mil muertos y los bagajes; Acmet propuso la paz, y Montecucculi, á quien Austria no ofrecia medios de vencer, la firmó en Temesvar.

Entre las condiciones figuran éstas: que Transilvania eligiese libremente sus príncipes; que continuasen los turcos en la pacífica posesion de Gran-Varadino y Neubäusel, y que Leopoldo pudiese construir un fuerte en una de las riberas del Waag. Kropoli, que despues de haber prometido vencer, fué derrotado como nunca lo habia sido un general otomano, esperaba el lazo, pero en vez de él recibió testimonios de confianza tales, que no vaciló en estar veintiocho meses ausente mandando el asedio de Candia, que entonces se podia renovar con nuevo brío.

El vulgo, que es numeroso, y que hace superiores al cielo los miserables computos de la aritmética, creyó hallar un misterio en el número del año 1666; los cristianos esperaban el antecristo, los musulmanes al deyal, y los judíos al Mesías; algunos horribles temblores de tierra que hubo en la Meca y en Egipto, parecian justificar aquel terror. Sobrecogido el papa ante los progresos de los musulmanes, continuaba exhortando á una cruzada, á que acudieron algunos oficiales valientes. Luis XIV, no obstante su alianza con la Puerta, y deseoso de suceder á los venecianos en el comercio de Levante, dejó que el vizconde de La Feuillade levantara una bandera, que siguieron varios





jóvenes de las principales familias, excitados por su índole especial y por lo novelesco de la empresa, siendo conducidos á Candía por el almirante Beaufort; el gran señor pudo entonces decir con verdad lo que despues ha tenido que repetir tantas veces: «Los franceses son nuestros amigos, pero los hallamos siempre entre nuestros enemigos.»

No era ésta una guerra de mera apariencia ni de efectos estudiados, pues ni de día de noche cesaban los ataques ni las salidas, y por todas partes había minas que reventaban cuando menos se esperaba. Las emboscadas, el esperar al enemigo días enteros echados boca abajo, el sentirse á media noche arrebatados por una explosión repentina, no desanimaba á la brillante juventud francesa. Sin embargo, su orgullo caballeresco se resentía al tener que obedecer á los venecianos; y no aviniéndose con el sistema de defensa seguido hasta entonces por el proveedor Catalino Cornaro, apénas murió, hicieron una salida con el florete en la mano y la arrogancia en el corazón; pero fueron derrotados, y la cabeza del almirante y las de otros muchos ilustres franceses anduvieron rodando por las calles de Constantinopla. Pesarian estos asesinatos sobre Luis XIV, si fuese verdad que estaba ya determinado el abandono de la plaza y acordada la resistencia estrictamente necesaria para obtener una capitulación honrosa; pero se decía que había demorado la entrega con objeto de congraciarse con el papa para que hiciese cardenales á dos de sus favoritos. Sea de esto lo que se quiera, los demas franceses volvieron á su patria, á pesar de las instancias que se les hicieron, y el gran señor, para animar á los suyos, escribía: «Ya te veré, mi gran visir Lalá: en este año bendito debes hacer prodigios. A tí y á los campeones que están contigo, los dedico á Dios supremo. Sé que por espacio de dos años has luchado y vencido. En este mundo y en el otro, hoy como el día del juicio final, resplandecerá nuestro semblante. ¡Que á lo menos puedas en este año bendito con la bondad divina conquistar á Candía! Exijo de vosotros este año esfuerzos supremos.»

En efecto, aún duraba la guerra de los

Treinta años; Candía había sostenido tres sitios; y este último dicen que costó á los venecianos en veintiocho meses treinta mil novecientos cinco hombres, y á los turcos ciento diez y ocho mil setecientos cincuenta y cuatro; se dieron cincuenta y seis asaltos, cuarenta y cinco combates bajo tierra; se hicieron noventa y seis salidas, y fueron voladas mil ciento setenta y tres minas de los asediados, y el triple de los turcos. La guarnición, reducida á tres mil hombres, en un país batido hasta por la peste, resistió hasta el último ataque de los musulmanes; la paz se firmó en Giofira, estipulándose que partirían los venecianos de Candía cuando mejorase el tiempo; los que quisieran podían salir con armas, haciendas y objetos sagrados; la república conservaría en la isla los tres puertos Spinalonga, Suda y Grabusa, y las conquistas hechas en las riberas de la Bosnia y Clissa; se cangearian los prisioneros, y se volverían á restablecer las relaciones de comercio y de amistad. Los cuatro mil habitantes que sobrevivieron se trasladaron á Parenzo, y Kropoli convirtió la catedral en mezquita. El pueblo veneciano sintió profundamente esta pérdida, presintiendo que había de ser la ruina de la república; pero el intrépido Morosini puede ser considerado como uno de los principales héroes de Venecia y de Italia.

Dorozenko, hetman de la Ucrania Polaca, para dominar también la Rusa, se coligó con la Puerta. Apénas se vieron libres de la guerra de Candía, Mahomet y Kropoli pasaron el Danubio, tomaron á Kaminiech, que se tenía por inexpugnable, bombardearon á Lemberg, y en la paz de Buczaz impusieron condiciones vergonzosas y tributos. A semejante abyección condujeron á Polonia sus disensiones; pero Juan Sobieski, mariscal del reino, haciéndose jefe de una parte de él, rechazó tan vergonzoso tratado y renovó la guerra, empeñando hasta las joyas de la corona, é invitando al clero á que tomase parte en defensa del país; combatió él mismo como un soldado, deshizo á los turcos, y rompió su campo en Choczim, dándose el gran señor y Acmet por muy satisfechos con no caer en sus manos. Proclamado rey, se negó á ceñirse la corona antes de concluir la guer-



ra con los turcos; pero despues de algunos brillantes hechos de armas se vió á la cabeza de un puñado de hombres, cercado por ochenta mil turcos y trescientos mil tártaros. No desmayó su corazón, y atrayéndose al kan de los tártaros, consiguió en Zuravno que se estipulase la paz, por la que, además de quedar anulado el tributo, permaneció en poder de los turcos Kaminiech y una tercera parte de la Ucrania, que poco despues fué también cedida.

No tardó en morir Acmet cuando apénas contaba cuarenta y siete años de edad y quince en el poder, que ocupó más tiempo y con más provecho que cualquier otro. Al morir dió estos cuatro consejos á su señor: «No escuchar á las mujeres; no dejar elevarse demasiado á ninguno; conservar el tesoro en el mejor estado posible, y estar tanto él como el ejército en continuo movimiento. Su yerno Kara-Mustafá, educado en su escuela, pero ávido y vicioso, oyó que el hetman de los cosacos se había puesto bajo la dependencia de Rusia, potencia que hasta entonces sólo conocía de nombre la Puerta, y resolvió llevar allí la guerra; pasó el Bog, sitió y tomó á Czerin despues de inmensas pérdidas, por cuya razón comenzó á dar largas á la guerra, hasta que en Radzin se estipuló una tregua de veinte años.

Volvió entonces los ojos á Austria, contra la cual le impelían los descontentos húngaros, é hizo preparativos terribles y al mismo tiempo suntuosos. Las tiendas del sultan valían 100.000 escudos; cien magníficas carrozas conducían su numeroso harem, con ruedas de plata y gualdrapas de terciopelo. Austria, desprevenida, se alió con Polonia y Venecia, que se veían también amenazadas: Rusia se unió á ellas, de manera que la Puerta tenía que sostener tres guerras. Kara-Mustafá, con trescientos mil hombres, llegó á Belgrado, proclamándose protector de los húngaros y de sus libertades, y sin detenerse en las plazas de armas se dirigió á la capital de Austria, á la que llegó el 13 de Julio de 1683. La corte había huido: quedaron sólo para su defensa ochenta mil hombres, que sostuvieron el sitio por espacio de dos meses, en los que Mustafá perdió entre el hierro y la escasez de víveres cuarenta mil. Seguramente hubiera

tomado á Viena si hubiese animado á sus bárbaros con la esperanza del saqueo; pero su avaricia le inducía á capitular. Entre tanto, Juan Sobieski, que, si bien se inclinaba á Luis XIV, se había aliado á Austria para quitar á la Puerta la Podolia, avanzaba con veinte mil polacos, y uniéndose á los imperiales, cayó por Kalenberg sobre los musulmanes. La batalla de que dependía la civilización europea fué ganada por los cristianos.

Sobieski escribía á su mujer: «El campo enemigo con toda su artillería é imponderables riquezas ha caído en nuestro poder. Llevamos delante de nosotros un ejército de camellos, mulas y de prisioneros; yo he sido el heredero del gran visir, y me corresponde parte del estandarte que acostumbraba llevar delante de sí, de la bandera de Mahoma con que el sultan ha querido honrar esta expedición, de las tiendas, carros y bagajes. En cuanto á los objetos de lujo y de placer hallados en su tienda, lo mismo que en las demas, como baños, jardines, fuentes de agua saltadora y toda clase de animales raros, sería muy largo de referir. Esta mañana estuve en la ciudad y comprendí que no hubiera podido sostenerse cinco días más. No es posible que puedan ver los ojos humanos tantas ruinas hechas en tan breve tiempo, tantos montones de piedras lanzadas por la explosión de las minas. Los generales me llevaban de las manos y los piés, y los coroneles, al frente de sus regimientos á pié y á caballo, me saludaban gritando: ¡Viva nuestro valiente rey! Hoy me han salido al encuentro el elector de Sajonia, el duque de Lorena, el conde de Staremberg, comandante de Viena, y el pueblo: todos me estrechaban contra su corazón, me besaban, me llamaban su salvador, y por todo el camino era universal el grito de ¡Viva el rey! Despues de comer, al dirigirme á caballo al campo, fui acompañado hasta las puertas de la ciudad por todo el pueblo, que alzaba las manos al cielo, exclamando: ¡Gloria, honor y reconocimiento eterno al Altísimo por tan memorable victoria!» ;De este modo Polonia con su sangre y la de los turcos firmaba un contrato eterno con Europa, á quien había salvado; y que ciento cuarenta y





ocho años despues, y precisamente en el mismo día, la vió sucumbir, ó dándose el parabien, ó haciéndose la indiferente!

Los musulmanes al huir, abandonaron las riquezas que encerraba su campo; pero sacaron de Austria ochenta mil personas, de las que cincuenta mil eran niños, y veintiseis mil mujeres. Inmensa fué la gratitud con que Viena acogió á Sobieski, mientras recibía con sombrío silencio á Leopoldo, el cual, despechado, culpó de ello al ministro Zinzendorf con tan duras palabras, que de sus resultas murió á las pocas horas. Tampoco quería recibir á Sobieski, por no tener que mostrarle su gratitud, y en el consejo se habló largamente sobre las ceremonias con que debía hacerse. El duque de Lorena exclamó: *Recibidle con los brazos abiertos*; pero en vez de hacerlo así, se estableció un ceremonial frío y vergonzoso.

Luis XIV, que habia fomentado las turbulencias de los húngaros, y despues los movimientos de los turcos, y que estaba con su ejército á orillas del Rhin esperando que los príncipes le invitasen y eligiesen emperador, se disgustó del triunfo de Viena. Mientras que el emperador ostentaba triunfos inmerecidos, Sobieski corrió á rechazar al enemigo y tomó á Strigonia. Despues de ponerse el sol, en la tienda del gran visir escribió de nuevo á su «hermosa y querida María, único consuelo de su alma,» como lo habia hecho antes de salir el sol desde Kalenberg: «No he examinado todavía todo el botín, pero no puede compararse con el de Choczim: hay cuatro ó cinco carcajes cubiertos de rubies y zafiros, que valdrán millares de cequíes. No me dirás, pues, corazón mio, lo que las mujeres tártaras dicen á sus maridos cuando vuelven sin botín: No eres buen guerrero, pues no me has traído nada: sólo los que se adelantan intrépidamente pueden coger algo.—El visir habia sustraído de un castillo imperial un hermoso avestruz, al que habia mandado degollar para que no fuese á poder de los cristianos; es imposible describir el exceso de lujo que reinaba en las tiendas de los visires; baños, jardines en pequeño, fuentes, bosques con conejos, y hasta un pagayo.

»Cuando el visir comprendió que no podia sostenerse más, llamó á sus hijos, lloró como un niño, y dijo al kan de los tártaros: *Sálvame si puedes*, y el kan respondió: «Conocemos bien al rey de Polonia; es imposible resistirle: veamos cómo podemos escapar.» En cuanto á mi botín, es imposible describirlo todo, pero lo principal es: un cinturón de diamantes, dos relojes guarnecidos de diamantes, cuatro ó cinco riquísimos cuchillos, cinco carcajes cubiertos de rubies, zafiros y perlas, colchas, alfombra, y otras mil bagatelas, además las martas más hermosas del mundo. Los soldados tienen muchos cinturones de diamantes: no sé el empleo que podrán darles los turcos, pues generalmente no los llevan; tal vez querrian adornar con ellos á las vienas que cayeran en sus manos. Yo tengo un cofrecito de oro puro, en el que hay tres láminas de oro, del espesor de un pergamino, llenas de figuras cabalísticas. En cuanto al gran tesoro, nadie sabe lo que ha sido de él; yo fui el primero que entró en las tiendas del visir, y no he visto que nadie se apoderase de él; quizá se habrá distribuido entre el ejército, ó no le habrá traído al campo, ó le habrá mandado detrás del ejército antes de empeñarse la batalla.»

Kara Mustafá atribuía el mal éxito á Ibraim, bajá de Buda, por lo que le hizo ahorcar, lo mismo que á otros cincuenta oficiales superiores; pero la viuda de éste, hermana de Mahomet IV, inspiró algunas sospechas acerca del gran visir, que fué acusado de incapacidad y traicion, y recibió el decreto de muerte en Belgrado.

Kara Ibraim obtuvo entonces el sello, pero duró poco en el poder; pues habiendo ido de mal á peor las campañas de 1684 y 1685, se le acusó de haber contribuido á ello, y se le desterró á Rodas, dándole por sucesor á Soliman, que experimentó nuevos desastres. Buda, baluarte del islamismo, núcleo de la guerra santa y llave del imperio Otomano, habia estado ciento cuarenta y cinco años bajo el dominio de los turcos, que sostuvieron seis sitios. En el número de sus gobernadores hacia el sesenta y seis, Abd-el-Rahman, héroe de muchas novelas, y que al cabo de tres meses de cruelísimos ataques vió caer á la ciudad, y aún él mismo pere-



ció. En este sitio fué donde por primera vez se empleó la bayoneta como arma decisiva. Al año siguiente, en Mohacz, perecieron seis mil turcos en una batalla, y los cristianos cantaron el *Te Deum* en la tienda de gran visir, tan espaciosa como una ciudad. Esto fué causa de que los genizaros se rebelasen, y el gran visir tuvo que huir á Constantinopla. Pero hasta allí llegaron los revoltosos pidiendo á voces su cabeza, y con intencion de deponer á Mahomet, sin prestigio ya, porque en los cuarenta años de su inepto reinado, señalado con grandes empresas y grandes desastres, habia siempre preferido la caza á la guerra. En efecto, despues de haber concedido cuantas cabezas solicitaban los rebeldes, y honrado con los primeros cargos á las personas que ellos designaban, fué declarado destituido, sin darle tiempo para que pudiera asesinar á sus hermanos.

Encerrado en el harem, sobrevivió cinco años á su desgracia. Le sucedió su hermano Soliman III, que habiendo estado por espacio de cuarenta años entre mujeres, y no habiendo hecho otra cosa que meditar ascéticamente, costó gran trabajo hacerle aceptar, y aún en medio de las fiestas de la coronacion retrocedía, imaginando ver á su hermano rodeado de satélites y de verdugos. Nombró gran visir á Siavuc, jefe de los genizaros sublevados, que para que se les pagase impusieron una contribucion sobre las personas, sobre el oro y la plata, y sobre los gastos de caza. A pesar de haberse obtenido no se tranquilizaron: llamaban traidor á Siavuc, que defendiendo desesperadamente su harem, fué muerto, y cosa inaudita, violado el harem y las mujeres. Los ulemas y el pueblo tomaron las armas para calmar aquella furia, y entre tanto Belgrado se rendía, y los cristianos no tardaron en llegar hasta Uskub. El sultan, ajeno á la guerra y retirado en Adrianópolis, dió el sello á Mustafá Kropoli, hermano de Acmet, vencedor de Candía. Religioso en alto grado, enemigo de los cristianos como el que más, y severo al mismo tiempo que justo, restableció la disciplina, rehizo la hacienda, suprimiendo algunas contribuciones inútiles, y hubiera sido capaz de regenerar aquella nacion si hubiera sido posible. Enemigo de los tratados, declaró

que haria guerra á muerte á los cristianos; pero sólo con gente que estuviese animada de sus sentimientos; los demas debian dedicar el tiempo á purificarse de sus vicios y á orar. Despierto el entusiasmo, reunió el ejército más considerable que se habia conocido; para tener sumisa á Morea, la gobernó del mismo modo que á Valaquia y Moldavia, con tolerancia de culto y un príncipe residente en Maina; pero Liberaccio, que fué nombrado para este cargo se restituyó á Venecia apenas pudo.

Entre tanto, á la cabeza de cien mil hombres, los mejores que han seguido á la media luna, y con muchos oficiales franceses, sitió á Belgrado; pero fué vencido y muerto en Salankemen. Muerto tambien el santurrón Soliman, fué ceñida la cimitarra del Profeta á su hermano Acmet II, tan débil como él, y gracias á la educacion del serrallo, religioso y pacífico; trató de asegurar la paz, pero murió antes de conseguirlo. Mustafá II, hijo de Mahomet IV, le sucedió, y acusando de indolencia á sus tres predecesores, se puso al frente del ejército, y mientras el famoso corsario Vsein Mezzomorto batía á los venecianos y recobraba á Scio, él pasó el Danubio y tomó á Lippa.

En el proceso del envenenamiento de la marquesa de Brinvilliers y de la Voisin, habia sido complicada Olimpia Mancini, sobrina de Mazarino y viuda del conde de Soissons, de la casa de Saboya-Carignan, de la cual huyó, refugiándose en España, donde fué acusada de haber envenenado á la reina por comision de Austria, hasta que murió en Bruselas, sumida en la miseria. Su hijo, el abad de Soissons, dejó entonces el estado eclesiástico, y envuelto en la desgracia materna, expulsado de Francia, donde se burlaban de él llamándole el *abadejo*, ofreció sus servicios á Austria, y se hizo famoso con el nombre del príncipe Eugenio de Saboya. Aunque no era una gran capacidad en materia de buena táctica, conocia los lugares y las personas; nunca estaba desprevenido, conocia y reparaba sus errores, y se aprovechaba de los de sus enemigos para vencerlos en el momento de su debilidad. Puesto al frente de los ejércitos, con bastante valor para violar las ineptas órdenes del emperador, alcanzó una victoria decisiva